

15 céntimos el número



LA VELADA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 22 Abril de 1893

Núm. 47



LA VENIDA DE LAS GOLONDRINAS DEL ÁFRICA.—CUADRO DE A. RICHTER

SUMARIO

Texto.— Crónica, por B.— Los pastelillos, por ALFONSO DAUDET.— Romance, por FRANCISCO DE QUEVEDO.— El juguete regenerador, por ANATOLE FRANCE.— Las grandes selvas californianas, por JOHN MUIR (continuación), de *The Century Magazine*, traducido por J. COROLEU.— Nuestros grabados.— Mesa revuelta.— Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados.— La venida de las golondrinas del África, cuadro de A. RICHTER.— Precocidad, cuadro de RAMÓN BORRELL.— ¡Mira, ya están aquí las golondrinas! cuadro de H. HIRT.— LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS: La Catedral.— El Centinela.— Pinar talado en la selva Stump, en Junio de 1887.— Cuesta de la meseta del Vernal.— Tala en el valle Yosemite, hecha en 1887-88.— Curiosidad pagada, por N. MORAL.



Crónica

CON la pompa tradicional en la corte de España se abrieron el 5 de este mes las nuevas Cortes. El acto resultó imponente y dió ocasión para que fuesen festejados y aclamados SS. MM. el Rey y la Reina. La Regente leyó con firme entonación el largo discurso del trono, que el Gobierno puso en sus manos. Las numerosas y distinguidísimas personas, señoras y caballeros, que concurrieron al acto de la apertura pudieron ver que S. M. el rey don Alfonso XIII, aunque algo delgado, conforme ocurre en todos los niños en la época del crecimiento, disfruta de excelente salud, que se le robustecerá aún más, sin duda alguna, con los baños de mar durante el próximo verano. Al acto de que hablamos asistieron SS. AA. las infantas doña Isabel y doña Eulalia, el infante don Antonio, S. A. S. la archiduquesa doña Isabel, el cuerpo diplomático, presidiéndolo el cardenal de Pietro, nuncio de Su Santidad, los ministros, los altos dignatarios palatinos, los representantes de la Nación y otras varias principales personas. La concurrencia de señoras fué tan extraordinaria, que los sitiales del Senado, en donde se verificó la ceremonia, quedaron llenos, no encontrando sitio los que allí lo tienen señalado en semejantes días. ¡Quiera Dios que sean fecundas las tareas de las Cortes en la legislación que acaba de inaugurarse!

* * *

La tirante situación en que se encuentran Francia y Alemania se agrava por cualquier incidente ocurrido en uno ú otro de los dos países. Hace poco la expulsión de Francia del corresponsal del *Berliner Tageblatt* (Diario de Berlín) hizo recrudecer de nuevo la animadversión entre ambas naciones, viva siempre, conforme hemos indicado, desde la guerra de 1870. Varios periódicos berlineses publicaron artículos belicosos motivados por los insultos y atropellos de que había sido objeto el señor Otón Brandés, que es el corresponsal aludido, al tomar el camino de hierro para salir de Francia. El tono de alguno de los periódicos á que nos referimos, singularmente el de alguno de ellos que tiene carácter oficial, pudo hacer creer que las cosas irían más allá de un desahogo de la prensa, eco más ó menos fiel de los sentimientos popu-

lares. No fué así, sin embargo, porque la verdad es que todas las grandes potencias temen hoy las complicaciones que pueden sobrevenir y que aún las más apercibidas para la guerra ven con temor el posible rompimiento de las hostilidades. Así, pues, el señor Brandés hubo de cumplir la orden de expulsión y otro tanto el señor Wedel, y sólo para responder á estos acuerdos del gobierno francés, la policía política de Berlín ha recibido orden de formar una lista de los periodistas franceses que allí viven, á fin de someterlos á una vigilancia activa y de expulsarlos al primer ataque que dirijan al Emperador ó al Imperio. Como en este punto puede haber mucha latitud, el gobierno alemán empleará un criterio más ó menos riguroso, según se portare el gobierno francés, de manera que bien puede asegurarse que á un periodista alemán expulsado de Francia le seguirá un periodista francés, á quien se obligará á abandonar el territorio de Alemania. En suma, guerra de guerrillas que mantendrá encendido el fuego del rencor entre las dos naciones.

* * *

En Inglaterra continúan haciendo los partidos conservador y unionista una guerra sin cuartel al proyecto del *Home Rule* para Irlanda. Lord Salisbury y su lugarteniente M. Balfour, en quien existe la pasta de un verdadero hombre de Estado, luchan arduosamente para dificultar la marcha parlamentaria de aquel proyecto y hacen contra él una propaganda activa, realizando excursiones á este intento, y pronunciando largos y calurosos discursos. En la Cámara de los Comunes la oposición acude á todos los medios, hasta llegar al obstruccionismo para retardar la discusión de los proyectos, y proposiciones sometidas á la resolución de aquella Cámara por el ministerio de Mr. Gladstone. Una de las sesiones, que empezó á las cuatro de la tarde, se prolongó hasta las cinco de la madrugada. Mr. Gladstone, en tanto, da cada día pruebas de una fuerza y de una virilidad que parecen maravillosas á su avanzada edad de ochenta y tres años bien cumplidos. A estas excepcionales condiciones aludimos en una de las pasadas crónicas. Ahora padeció un nuevo ataque de *influenza*, y apenas restablecido, reanudó la agitada vida que lleva todos los días. En uno de ellos—para que se vea su robustez—se ocupó asiduamente, de las diez de la mañana al medio día, en graves negocios de Estado, enterándose de todos ellos y despachándolos. En seguida tuvo en el ministerio de Negocios Extranjeros una numerosa reunión, que presidió, y en la que habló por espacio de tres cuartos de hora con su acostumbrada elocuencia, puesto que Mr. Gladstone es uno de los oradores más fáciles, más brillantes y más correctos de Inglaterra. A las cuatro de la tarde acudió á la Cámara de los Comunes para responder á diversas interpelaciones, y por fin á las nueve y media de la noche volvió á la misma Cámara, pronunciando entonces otro discurso de una hora para contestar á Mr. Balfour.

* * *

La cuestión de Egipto sigue preocupando á los ingleses. Ya dijimos que era difícil si no imposible que ni el Kedive, ni los ministros suyos, identificados con los sentimientos del país, renunciasen á sus aspiraciones de librarlo de la tutela de Inglaterra. Paróse el golpe merced á las gestiones de Lord Cromer, pero Abbas Bajá sigue mostrándose afeerrado á sus ideas, y otro tanto el presidente del Consejo de ministros Riaz Bajá, á pesar de haber sido admitido como transacción por el representante inglés. No se librará la

Gran Bretaña de haber de tener ocupado militarmente el territorio egipcio, y de mantener en sus aguas una escuadra que imponga respeto, si quiere evitar que un alzamiento destruya á lo mejor toda su obra y sea origen de sangrientas escenas. La diplomacia, más ó menos tarde, habrá de intervenir en el asunto, lo cual acaso ya hubiera acontecido si Francia, la nación que más se opone á los proyectos de Inglaterra en el territorio del Nilo, no tuviese en su casa sobrados quebraderos de cabeza que la impiden pensar en la del vecino y mucho menos meterse en ella.

* * *

Dijimos que la augusta voz de León XIII podría oírse en la Exposición de Chicago merced al fonógrafo. Esta noticia ha sido confirmada. Edison, el famoso inventor de aquel aparato, ha regalado á S. S. uno de plata con el cual pudo escuchar en las mismas habitaciones pontificias un sermón del cardenal de Westminster y un discurso de Mr. Gladstone. Seguidamente León XIII leyó en alta voz una oración muy bella que el fonógrafo retuvo y que el representante de Edison dejará oír en Chicago después que haya leído su mensaje el presidente de los Estados Unidos.

* * *

Existe en Italia una ley que prohíbe la enajenación de objetos de arte de toda clase sin consentimiento del gobierno, que tiene en ellos un derecho muy privilegiado de tanteo. En ocasiones en que se ha tratado de ejemplares de mérito secundario, los gobiernos italianos no han sido muy exigentes en el cumplimiento de la expresada ley. Recientemente, empero, el príncipe Mateo Sciarra Colonna, que se encuentra arruinado en su fortuna, tuvo habilidad para sacar de la península cuadros de gran mérito de su célebre galería, y de venderlos en el extranjero á precios subidísimos. Súpose esto, como era de esperar, y el Gobierno le llevó ante los tribunales. Éstos le han condenado á tres meses de prisión y á 1.266,000 liras de reintegro al Estado por haber enajenado veintidós cuadros y una estatua. Este fallo ha producido triste efecto, por lo que afecta á la mencionada ilustre casa, una de las más consideradas en el patriado romano.

B.

Los pastelillos

I



QUELLA mañana (era domingo) el confitero Sureau, de la calle Turena, llamó á su dependiente y le dijo:

—Aquí tienes los pastelillos del señor Bonnicar... llévaselos y vuelve en seguida... Según parece los versalleses han entrado en París.

El muchachuelo, que no sabía una palabra de política, puso los pastelillos, calientes aún, en su tartera, la tartera en una servilleta blanca, ambas cosas sobre su gorro y salió volando hacia la isla de San Luis, donde vivía el señor Bonnicar. La mañana se presentaba espléndida; el sol de Mayo había colmado las fruterías de lilas y de cerezas. A pesar de que

la fusilería se oía en lontananza y los toques de clarín en las bocas calles, el barrio del Marais conservaba su apacible aspecto. Sentíase el domingo hasta en el aire de las calles: rondas de chiquillos en el interior de los patios; niñas jugando al volante frente las puertas, y la pequeña silueta blanca que se perdía en el desierto arroyo esparciendo un olorillo de pastel caliente, completaban el cuadro de aquella mañana de batalla, comunicándole una especial sencillez y un particular aire de fiesta. Toda la animación del barrio parecía haberse extendido por la calle de Rivoli. Arrastrábanse cañones, se trabajaba en las barricadas, á cada paso se veían grupos de nacionales que andaban atareados; pero el buen aprendiz confitero no se inmutó por esto. ¡Están esos chiquillos tan acostumbrados á andar por entre la multitud y el ruido de la calle! Como precisamente en los días de fiesta y de bullicio, durante el trajín de los primeros del año y en los domingos de Carnaval, es cuando más tienen que andar, no les sorprenden mucho las revoluciones.

En verdad que era delicioso contemplar como aquel gorro blanco se deslizaba al través de los kepis y de las bayonetas, evitando los choques, en gracioso balanceo, ora muy aprisa, ora con cierta lentitud forzada en la que se traslucía las ganas de correr más. ¡Qué le importaba la batalla! Lo principal era llegar á casa del señor Bonnicar al sonar las doce y recoger volando la propina que ya le esperaba en la mesita del recibidor.

De repente la multitud se fué arremolinando de un modo terrible; los pupilos de la República desfilaban con paso acelerado, cantando. Eran muchachos de doce á quince años, cargados con *chassepots*, encarnados cinturones y grandes botas, con el mismo orgullo de verse disfrazados de soldados, como cuando en días festivos juegan con sombreros de papel y algún ridículo trozo de tela encarnada en el arroyo del bulevar. El aprendiz vióse esta vez envuelto y de tal suerte empujado que le costó gran trabajo conservar el equilibrio; pero él y su tartera habían dado ya tantos resbalones en el hielo, habían jugado tanto por las aceras que los pastelillos salieron una vez más incólumes. Por desgracia el bullicio, los cantos, los cinturones rojos, la admiración que causaban aquellos muchachos despertaron en el aprendiz irresistible deseo de dar una vuelta por las calles en compañía tan agradable; así fué que, después de haber pasado ya el *Hôtel de Ville* y los puentes de la isla de San Luis, vióse transportado Dios sabe dónde, envuelto en el polvo y el viento de aquella loca carrera.

II

Por lo menos hacía veinticinco años que los señores Bonnicar tenían la costumbre de comer pastelillos todos los domingos. A las doce en punto, cuando la familia (grandes y chicos) se hallaba reunida en el salón, un vivo y alegre campanillazo hacía exclamar á todos:

—¡Ah!... aquí está el pastelero.

Entonces, entre el extraordinario ruido de sillas y el crujido de las ropas del domingo, y el natural contento de los risueños chiquillos sentados delante de la mesa puesta, aquellos felices burgueses se iban colocando alrededor de los pastelillos simétricamente puestos en pila sobre el escafador de plata.

Pero aquel día la campanilla de la puerta permaneció silenciosa. Incomodado al último el señor Bonnicar miró el antiguo reloj de la casa, sobre el que se destacaba un airón disecado, reloj que siempre marchaba con extraordinaria precisión; los niños bostezaban aburridos, pegados

á los cristales y acechando impacientes la esquina de la calle por donde el aprendiz solía pasar; la conversación decaía por momentos y el apetito, que se despierta con tanta fuerza cuando dan las doce, hacía que el comedor, á pesar de su antigua y luciente vajilla de plata sobre la adamascada mantelería, con sus servilletas dobladas á su alrededor en forma de blancos y recios cucuruchos, pareciera triste y desmantelado.

La antigua criada de la casa habíase presentado más de una vez para advertir al dueño, hablándole al oído, que el asado se tostaba, que los guisantes estaban ya demasiado cocidos... Pero el señor Bonnicar estaba empeñado en no sentarse á la mesa sin tener los pastelillos; así es que, furioso contra Sureau, resolvió salir para averiguar lo que ocurría, motivando de esta suerte un nuevo é imprevisto retardo. Los vecinos, que le vieron salir colérico blandiendo el bastón, le advirtieron:

— Señor Bonnicar, vaya usted con cuidado... se asegura que los versalleses han entrado en París.

Pero el señor Bonnicar no quiso escucharles, ni hacer caso de los disparos de fusilería que se oían por la parte de Neuilly, ni aun del cañón de alarma del *Hôtel de ville* que hacía retemblar los cristales del barrio.

— ¡Oh! ¡ese Sureau... ese Sureau!...

Y animado en su carrera, hablaba solo, se imaginaba ya en la tienda, golpeando las baldosas con el bastón y conmoviendo los cristales del aparador con sus platos de babás. La barricada del puente de Luis Felipe cortó su cólera en seco. Algunos confederados de feroz aspecto, echados sobre el suelo desempedrado, tomaban el sol.

— ¿A dónde vais, ciudadano? le preguntaron.

El buen ciudadano lo explicó, pero lo de los pastelillos pareció sospechoso, tanto más, cuanto que el señor Bonnicar llevaba la magnífica levita de los domingos, anteojos de oro, en fin, tenía todas las apariencias de un viejo reaccionario.

— Nada, es un espía, dijeron los confederados; es preciso mandarle á Rigault.

En vista de lo cual, cuatro hombres de buena voluntad, á quienes no venía mal abandonar la barricada, empujaron á culatazos al infeliz y exasperado Bonnicar.

No sé lo que pasaría después, pero es lo cierto que al cabo de media hora, poco más ó menos, fueron presos por la tropa y llevados prisioneros á Versalles. El señor Bonnicar, levantando el bastón, protestaba más y más, explicando por centésima vez lo que le ocurría, pero desgraciadamente aquella farsa de los pastelillos parecía en medio de aquel desconcierto tan absurda é increíble, que los oficiales no hacían más que reirse.

— ¡Bravo, bravo, amigo!... Ya lo explicará usted en Versalles.

Y por los Campos Elíseos, blancos todavía por el humo de recientes disparos, la columna marchaba vacilante entre dos filas de cazadores.

III

Los prisioneros iban á cinco de fondo, en compactas y apretadas hileras. Para evitar que el convoy se dispersara se les obligaba á darse el brazo, y el gran rebaño humano, al pisar el polvo del camino, hacía un ruido parecido á la lluvia torrencial de una tormenta.

Al desdichado Bonnicar aquello le parecía un sueño. Sudando, jadeante y atontado por el miedo y el cansancio, andaba arrastrándose á la cola de la columna entre dos viejos repugnantes que oían á petróleo y aguardiente, y

con tanto oír las palabras de confitero y pastelillos, que acompañaban siempre á las imprecaciones de Bonnicar, acabaron por creer que se había vuelto loco cuantos le rodeaban.

El caso es que el pobre señor perdía la cabeza. A las subidas y á las bajadas, cuando las hileras del convoy no marchaban tan compactas, ¿no se figuraba á cada paso, ver allí entre el polvo que llenaba el fondo de los objetos, la chaqueta blanca y el gorro del aprendiz de casa Sureau? Esta blanca visión pasaba delante de sus ojos como para mortificarle, desapareciendo al instante entre la multitud de uniformes, blusas y andrajos.

Por fin, al caer la tarde llegaron á Versalles, y la multitud, al ver al viejo burgués de los anteojos, tan desaliñado, lleno de polvo y de tan salvaje aspecto, convino en que era un facineroso, y hasta algunos decían:

— Es Félix Pyat...

Y otros replicaban:

— No, es Delescluze.

No poco trabajo les costó á los cazadores de la escolta conducirle sano y salvo hasta el patio de la Orangerie. Una vez allí, los pobres prisioneros pudieron dispersarse, echarse al suelo y tomar aliento. Unos dormían, otros maldecían de su suerte, éstos tosían, aquéllos lloraban, pero Bonnicar no dormía ni lloraba, sentado en el borde de un rellano de escalera y con las manos á la cabeza, medio muerto de hambre, de vergüenza y de cansancio, volvió á ver en su imaginación la triste jornada de aquel día, la salida de su casa, la ansiedad de los convidados, su cubierto en la mesa que le estaría aguardando hasta la noche, la humillación, los insultos, los culatazos, todo, á causa de la falta de puntualidad de un pastelero.

— ¡Señor Bonnicar, aquí tiene usted los pastelillos!... oyó que de pronto le decían.

Y el infeliz, al levantar la cabeza, quedó asombrado viendo al aprendiz de Sureau que se había dejado coger con los *pupilos* de la República, descubrir la tartera que estaba oculta debajo del blanco mantel y ofrecérsela.

Y así fué como el señor Bonnicar, á pesar de la buflanga y de estar prisionero, pudo aquel domingo, al igual que los demás del año, comer sus pastelillos.

ALFONSO DAUDET.

Romance

PADRE Adán, no lloréis duelos:
dejad, buen viejo, el llorar,
pues que fuisteis en la tierra
el más dichoso mortal.

De la variedad del mundo
entraste vos á gozar,
sin sastres, ni mercaderes,
plagas que trujo otra edad.

Para daros compañía,
quiso el Señor aguardar
hasta que llegó la hora
que sentistes soledad.

Costóos la mujer que os dieron
una costilla; y acá
todos los huesos nos cuestan,
aunque ellas nos ponen más.

Dormistes, y una mujer
hallastes al despertar;

y hoy, en durmiendo un marido,
halla á su lado otro Adán.

Un higo sólo os vedaron,
sea manzana si gustáis;
que yo para comer una,
Dios me lo había de mandar.

Tuvistes mujer sin madre;
¡grande suerte, y de envidiar!
gozaste mundo sin viejas,
ni suegrecita inmortal.

Si os quejáis de la serpiente,
que os hizo á entrambos marear,
cuanto es mejor la culebra
que la suegra, preguntad.

La culebra, por lo menos
os da á los dos que comáis:
si fuera suegra, os comiera
á los dos, y más y más.

Si Eva tuviera madre
como tuvo á Satanás,
comieran el Paraíso
no de un pero la mitad.

Las culebras mucho saben;
mas una suegra infernal
más sabe que las culebras:
ansí lo dice el refrán.

Llegaos á que aconsejara
madre de este temporal,
comer un bocado solo,
aunque fuera rejalgár.

Consejo fué del demonio,
que anda en ayunas lo más,
que las madres de un almuerzo
la tierra engullen y el mar.

Señor Adán, menos quejas,
y dejad el lamentar:
sabe estimar la culebra,
y no la tratéis tan mal.

Y si gustáis de trocárla
á suegras de este lugar,
ved lo que queréis encima,
que mil os la tomarán.

Esto dijo un ensuegrado,
llevándole á conjurar,
para sacarle la suegra
un cura y un sacristán.

FRANCISCO DE QUEVEDO.

El juguete regenerador

¿Qué edad tiene el pequeñuelo, señora?

A esta pregunta la madre miró al niño como
quien mira al reloj para ver la hora, y contestó:

—¿Pepe? Veintinueve meses.

Bien podría decir dos años y medio; pero como Pepe
demuestra gran precocidad de inteligencia y pueden con-
tarse de él muchas cosas admirables para un niño de su
edad, la madre no quiere ponerle ni un solo mes encima,
no fuera que el chiquillo resultara un poco menos prodigioso ó que las otras madres sintieran una miajita menos
de envidia. Tiene además otro motivo para no envejecer
á su hijito ni de un solo día; y es que ella le querría
siempre pequeñín, siempre bebé, pues á medida que vaya
siendo mayor irá siendo todavía menos suyo. Ahora
mismo ya le parece como si se le fuera escapando poco

á poco, porque esos ingrátuelos van desligándose de su
mamá día tras día. ¡Cómo no, si el acto del nacimiento
puede decirse que es ya una primera separación!

He aquí, pues, explicado el porqué Pepe cuenta pre-
cisamente veintinueve meses. ¡Buena edad! A mí, al
menos, me inspira gran consideración; es la que cuentan
muchos de mis amiguitos, que se portan conmigo de una
manera excelente. Pero ninguno de ellos tiene la ima-
ginación que tiene Pepe.

Pepe asocia las ideas con gran facilidad, aunque de
una manera algo caprichosa. Se acuerda de las cosas por
mucho tiempo y reconoce una fisonomía al cabo de más
de un mes de no haberla visto. En las láminas ilumina-
das que le dan para jugar descubre mil particularidades
que le encantan á la vez y le agitan vivamente. Cuando
hojea cierto libro ilustrado con el cual se ha encariñado
mucho (no ha rasgado más que la mitad de sus hojas), se
excita hasta el punto de aparecer en sus mejillas manchas
encarnadas, y de que sus ojos brillen demasiado.

Esas mejillas y esos ojos asustan mucho á la madre,
que teme por aquella cabecita demasiado tierna aún para
tanta actividad; teme la calentura, todo lo teme. Cree á
veces con remordimiento que el orgullo que siente á me-
nudo por tal precocidad de su niño ha de llevar desgracia
á la criatura, y casi llega á desear que su hijo sea como el
chico del panadero, que ella ve todos los días en el umbral
de la tienda, con su cara gordinflona y chata, sus ojos
azules sin expresión, su boca perdida entre las mejillas y
su aspecto bestial de salud. Aquél no debe dar ningún
cuidado á sus padres, mientras que Pepe cambia de color
á cada momento, sus manecitas arden constantemente, y
su sueño es siempre muy agitado.

Al médico no le gusta que el niño tenga tanta afición
á mirar láminas y grabados, y recomienda que se im-
ponga calma á sus ideas.

—Es muy sencillo, díce, hay que criarle como un
perrito.

Sin embargo, eso no es tan sencillo como se figura el
doctor, quien sin duda no tiene idea de la psicología de
un niño de veintinueve meses. Pepe lleva en sí ricos
gérmenes de vida y no tiene afectado ningún órgano
esencial; pero, no cabe duda, está demasiado flaco y
demasiado pálido.

Es un pequeño parisiense al que no conviene el aire
de París, á pesar de lo mucho que París le gusta, precisa-
mente por eso le conviene menos; porque le gusta dema-
siado, porque tantas formas, tantos colores, tanto movi-
miento lo agitan y le trastornan; porque siente y com-
prende en demasía; porque, en una palabra, se fatiga.

Pálido y enteco se lo llevó su madre en el mes de
Julio á un rincón de Suiza, á un tibio valle donde no
veía más que hierba y vacas; las vacas cuya espumosa
leche bebía, y la aromática hierba de que su nutrían las
vacas.

Aquel sencillo espectáculo no podía menos de hacerle
bien: aquel reposo en el tranquilo seno de la gran Madre
naturaleza duró tres meses: tres meses de risueña sereni-
dad y de comer mucho pan moreno.

En los primeros días de Octubre ví regresar á París á
mi amiguito regenerado: era un Pepe enteramente nuevo;
moreno, tostado, dorado, curtido, casi mofletudo, con las
manos rústicas y callosas, y la voz y el reír broncos y
fuertes.

—Miren qué horrible está mi Pepe; decía su mamá
muy contenta, tiene los colores de una muñeca de sesenta
céntimos.

Pero ¡ay! estos colores duraron poco. Pepe volvió á palidecer, volvió á la nervosidad y delicadeza de niño excesivamente refinado. Y era que París recobraba su ascendiente sobre él; aquel París que no se sabe en qué consiste y está en el aire que inspira agudeza de sensibilidad y de entendimiento, que perturba y que hasta á los niños da el genio de movilidad y de inventiva. Y he ahí otra vez á Pepe poniéndose pálido ó colorado sobre los libros ilustrados.

Hacia fin de Diciembre, le ví nervioso, con sus ojos enormes de grandes, y sus manecitas reseca y ardientes: no quería comer ni podía dormir. El médico se contentaba con decir:

—Que coma, que coma mucho; no tiene nada.

¡Que coma! Su madre lo había probado ya todo, pero el niño no comía; y ella ahora no hacía más que llorar.

Con la noche de Navidad vinieron para Pepe multitud de juguetes, caballitos, polichinelas, soldados, etc., etc.; y á la mañana siguiente su madre, de pie delante la chimenea, contemplaba preocupada y con desconfianza tantísimo juguete haciendo tantísimo visaje.

—¡Cuántos hay, Dios mío! se dijo la madre, va á excitarse de una manera horrible.

Y muy quedito, para que Pepe no despertara tomó el polichinela, que tenía una expresión maligna; los soldados de plomo, á los cuales creía muy capaces de llevarse más adelante á su niño á la guerra, y hasta el pobre caballo rojo, y se fué de puntillas á esconder todos estos juguetes en un armario, sin dejar sobre la chimenea más que una caja de madera blanca que contenía un establo en miniatura, juguete de siete reales que regalaba al niño un amigo pobre de la familia.

Después se acercó á la camita y se puso á contemplar al niño dormido. Mujer al fin, el bien intencionado engaño que acababa de realizar la hacía sonreír. Pero fijándose luego en los azulados párpados del niño, pensó de nuevo:

—¡Es atroz eso de no poder hacer comer nada á esta criatura!

Apenas acabaron de vestirle, Pepe abrió la caja y vió los carneros, las vacas, los caballos, los árboles (unos árboles muy rizaditos) y además el aldeano y la aldeana, él

con la hoz y ella con el rastrillo (porque bien mirado, aquello más que un establo era una granja). Se conocía que iban al prado por hierba, á pesar de que su actitud no era de andar. La aldeana llevaba un vestido rojo y sombrero de paja. Pepe le dió un beso y ella en cambio le embadurnó la cara. La casa era muy pequeñita y tan baja que la aldeana no hubiera cabido en ella; pero tenía una puerta, y en eso conoció Pepe que aquello era una casa.

¿Qué vieron en todas aquellas figuras los infantiles ojos del niño? Las apretaba fervorosamente en sus manecitas (que quedaban todas empegadas), las ponía en fila sobre su mesita, y llamaba apasionadamente á los carneros, á los caballos, por sus nombres: ¡nero! ¡bayo! y después al coger uno de los arbolitos: ¡ino!

¡Había comprendido que era un pino! Su madre quedó extasiada: si el niño no llega á decirselo ella nunca hubiera adivinado que aquel arbolito no podía representar sino un pino.

—¡Rey! ¡tesoro! dijo abrazando y besando al niño con tal ímpetu que la mayor parte de las figuritas rodaron por el suelo.

Sí, el niño descubría en aquellos arbolitos de juguete una semejanza con aquellos otros árboles que había visto allí, allí en el país de la hierba espesa y del aire sano; y descubría además muchas otras cosas que su madre no sospechaba: todos aquellos pedacitos de madera pintada evocaban en él imágenes vivas que le hacían vivir también á él otra vez en medio de aquella naturaleza alpestre, de aquella Suiza que le había engordado y robustecido. Entonces sus ideas fueron asociándose y quiso comer.

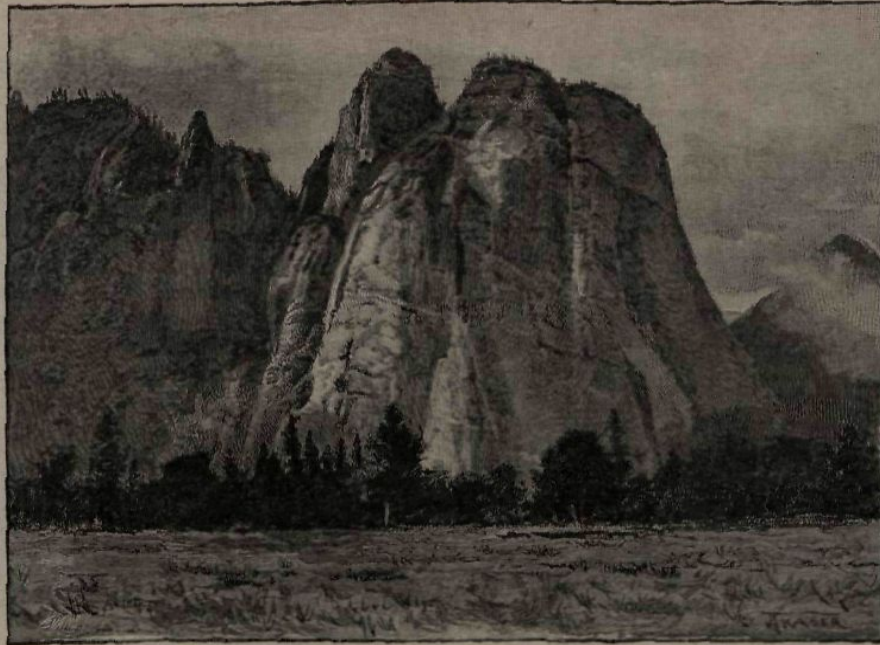
—¡Leche! ¡Pan! y empezó á comer y á beber, y el apetito no cesó y cenó por la noche con el mismo afán con que almorzara por la mañana. Y al día siguiente, con sólo ver el juguete volvió á tener igual apetito. ¡Lo que es la imaginación!

Quince días después estaba hecho de nuevo un muchachote robusto y alegre. Su madre estaba encantada y no cesaba de decir:

—¡Miren qué mofletes, parece una muñeca de sesenta céntimos! ¡Y pensar que todo esto no lo debemos más que al establo que le regaló este pobre señor Fulano!

ANATOLE FRANCE.





La Catedral (2,600 pies de altura)

LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS

POR

JOHN MUIR

(CONTINUACIÓN)

Por punto general, la cuenca Yosemite parece haber sido cubierta en cada período de su desarrollo por inmensas masas de granito, algunas de las cuales no muestran sino su extremidad superior, en tanto que otras se yerguen altivas, ya aisladamente, ya en grupos, en medio de los bosques. Otras forman eminencias y ondulaciones rodeadas de árboles y arbustos y enseñando una brillante superficie bruñida por las arremolinadas nieves del ventisquero. En la parte superior de la cuenca, cerca de las orillas ó al pie de todos los grandes ventisqueros, suelen acumularse montones de rocas despedazadas y enormes depósitos de arena gruesa, materiales que se han ido depositando allí en abundancia y entre los cuales ha brotado la vegetación apareciendo acá y acullá hermosas espesuras.

En esa región encuéntranse desparramados varios lagos y praderas y algunas pequeñas hoyadas interrumpiendo la monótona frondosidad de los bosques, mientras las márgenes de las corrientes ostentan vistosas alfombras de flores. Toda la espaciosa región superior de la cuenca está cubierta de una red de arroyos que corren á despeñarse al fondo del valle, ya resbalando sus cristalinas aguas por el bruñido lecho de roca, ya hundiéndose bajo los sauces como para lavar sus rojas raíces, ya filtrándose al través de las hoyadas, formando pequeñas cascadas, ya borbotando tumultuosos, ya sosegándose de pronto y discurriendo con apacible calma para precipitarse de nuevo salpicando el musgoso agrotis alpino, las marga-

ritas y las violetas blancas y azules que encuentran al paso, hasta que al dar con una valla de ásperos guijarros y árboles caídos juntan sus aguas y emprenden su camino con la tranquila majestad de un gran río.

Al cruzar la vereda del Mono, unas dos millas más arriba de donde principia la cascada Yosemite, tiene esta corriente cerca de diez pies de anchura y cuando, en la primavera, se derriten las nieves, no baja su profundidad de cuatro pies ni su velocidad de dos millas y media por hora. Tal es aproximadamente el volumen del agua que alimenta la cascada en los meses de Mayo y Junio cuando ha abundado la nieve en invierno; pero varía mucho con el transcurso de los meses.

La nieve se derrite pronto en la región abierta de la cuenca que mira al Sur, de modo que sólo un corto número de tributarios retrocede á las nieves perennes y á las fuentes heladas de los umbríos anfiteatros situados en las laderas septentrionales del monte Hoffman. La extensión del declive recorrido por la corriente desde los manantiales más elevados hasta su confluencia con el río Merced, en el fondo del valle, es de unos 6,000 pies, en tanto que la distancia no pasa de diez millas, lo cual da la proporción de una por 600 pies. Durante la última milla corre el agua entre inmensos repliegues graníticos del terreno que forman como unas masas petrificadas de cúmulus. Al través de este espléndido valle corre á su destino ondulando graciosamente y entonando la postrera de sus baladas montañosas antes de llegar al vertiginoso



PRECOCIDAD

CUADRO DE RAMÓN BORFELL

LA VELADA



¡MIRA, YA ESTÁN AQUÍ LAS GOLONDRINAS!—CUADRO DE H. HIRT

salto donde se precipita desde una altura de 2,600 pies á otro mundo radicalmente distinto de aquella región por el clima, la vegetación y los habitantes. Al salir de este último cañón, deslízase la corriente formando una serie de complicadas curvas á modo de lazos, cual si quisiese prepararse sosegadamente antes de dar el gran salto. Párase en primer lugar en un pequeño estanque; luego resbala por sus pulidos bordes despeñándose al precipicio sobre el cual traza una magnífica curva rodeada de



El Centinela

vapor acuoso en cuyo seno juguetea la luz vistiéndolo de irisados reflejos.

Al seguir la corriente por vez primera, deseoso de descubrir sus misterios, arrastrábame una ardiente curiosidad á llegar hasta el límite extremo de su curso para verla caer por los aires desde tan enorme altura; pero cuando hube gozado de este espectáculo y me encontré sano y salvo lejos de aquel paraje no me atreví nunca á aconsejar á nadie que tratase de imitarme. El último salto lo da la corriente por un terreno tan liso y escarpado que para seguirla hay que deslizarse con mucho cuidado, valiéndose de los pies y las manos, y el agua se precipita pasando tan cerca de la cabeza que ésta sufre vértigos por robusta que sea. Mas, para disfrutar por completo de tan admirable perspectiva, se ha de ir más lejos, hasta un escollo de peñascos graníticos que ofrecen una senda de tres pulgadas de ancho, que es decir el espacio estrictamente necesario para sentar los talones. Parecióme que mis nervios no habían de resistir un ejercicio tan pesado como el de avanzar por aquel angosto camino, á la orilla de un precipicio tan próximo al estrepitoso torbellino del agua.

Echando melancólicas miradas á la soberbia cascada que me atraía con su imponderable belleza y su himno sublime, resolví no tentar de aproximarme á ella, y sin embargo, hice todo lo contrario, á despecho del buen sentido. Viendo unas matas de artemisa en los intersticios de una roca, arranqué algunas hojas y las mastiqué recordando que esta yerba es un excelente preservativo contra el vértigo. Después llegué al borde del precipicio manibrando hábilmente con los talones y avanzando de lado hasta ponerme á una distancia de veinte ó treinta pies de las impetuosas corrientes, que en cierto modo me envolvían y secuestraban, aislándome y separándome del mundo bajo aquella enorme cantidad de agua que se despeñaba con imponente furia.

Como á unas cuarenta yardas de la cascada Yosemite puede gozarse de una perspectiva menos ocasionada á vértigos y peligros desde el borde de la escarpada roca, por donde se puede descender hasta 200 pies más abajo del salto del agua, en un punto donde ésta ruje y espumea aprisionada en un angosto canal de rocas. Vista desde aquí, hacia el Mediodía, la descomposición de la luz en el vapor acuoso viste la cascada con todos los visos y cambiantes del arco iris, hasta el punto de hacerse invisible el cristalino caudal de agua origen de tan bello fenómeno. La imponente majestad de aquellos descomunales peñascos, el ímpetu de la estrepitosa corriente y aquel arrebolado nimbo que la circunda forman un cuadro cuyo atractivo es superior á todo encarecimiento.

La cascada Yosemite consta en realidad de dos saltos de agua, uno superior y otro inferior, separados por una serie de caídas ó despeñaderos escalonados en varios desniveles; pero vista de frente, desde el fondo del valle, produce el efecto de no haber sino uno.

La cascada Nevada se considera en general como la más interesante, después de la Yosemite, entre las cinco principales del valle. Atravesando el Pequeño Yosemite en mansas corrientes poéticamente cobijadas por la arboleda,



Pinar talado en la selva Stump, en Junio de 1887
contenía más de 2,000 árboles en una área de ocho acres

(Reproducción fotográfica)

estréllase fraccionándose en varios rápidos en las despedazadas peñas que fueron antaño el lecho de un ventisquero en el extremo inferior del valle. Desde allí prosigue su curso por un canal muy áspero y quebrado, abierto en el granito, chocando con ambas paredes del álveo y espumeando con tumultuosa cólera sin darse un momento de reposo. Así llega hasta el borde del precipicio corriendo como si le tardase llegar al aire libre. Pero antes de tocar al fondo del abismo despedázase de nuevo en las peñas que cubren la escarpada ladera, á la mitad del camino,

formando la cascada más cristalina del valle y una de las más prodigiosas del mundo.

En la parte septentrional, cerca de la cascada, avanza al borde del precipicio una inmensa dala de granito formando un magnífico observatorio desde el cual se descubre una multitud de corrientes, quebrándose y espumeando en un lecho cubierto de esmeriles. Más abajo, al través de la neblina alzada por el agua, vese el río, juntando nuevamente su desparramado caudal, penetrar bulliciosamente en el cañón y arrojarse al lago Esmeralda, en donde por último se sosiega y para. Todos los pormenores de este panorama están en consonancia con el carácter y aspecto que van dándole las aguas en su caprichoso curso. Las márgenes del cañón, con la sublime masa del ventisquero Point Ridge enfrente, forman una cuenca triangular parecida á una fosa, ó mejor á un angosto precipicio por el cual corre el río tan turbulento, fragoroso y bravío que parece empeñado en pulverizar las montañas que le cierran el paso.



Cuesta de la meseta del Vernal

El Vernal, famoso por sus arrebolados visos, es una tranquila y apacible cascada en la cual no se advierten los tumultuosos ímpetus de la Yosemite y la Nevada. Sin embargo, es la que tiene más visitas y admiradores, sin duda por ser la más accesible de todas. Un empinado pero excelente camino conduce á una meseta, desde la cual se puede contemplar la corriente viniendo del lago Esmeralda y despeñándose con majestuosa calma de una altura de 80 pies, envuelta en espléndidos cambiantes de luz que varían desde el blanco nevado hasta el purpúreo ceniciento. Luego, saliendo de la neblina por ella misma formada, ábrese un camino por el áspero cañón, saltando convertida en una infinidad de pequeñas cascadas, encanto de los mirlos acuáticos, hasta el pie de la Media Naranja, en las inmediaciones del valle principal.

La Illilouette, en general, se parece mucho á la Nevada. No es ni la mitad tan caudalosa como ésta; pero no le cede en altura (600 pies) y sus aguas descienden asimismo precipitadas por su choque contra las paredes de un canal irregular y peñoso. Es una hermosa cascada, blanca y

hechiceramente armoniosa. En la primavera la rasgan y dividen los peñascos que avanzan á entrambos lados al borde del abismo, pero con ello no hacen más que estriar la columna de agua, cuyo efecto es realmente maravilloso. No es una cascada colosal como la Yosemite superior, ni tan simétrica como el Vernal, ni graciosa y sencilla como el Velo nupcial, ni ostenta un caudal tan imponente como la Nevada; pero en cambio las aventaja y eclipsa todas por la opulencia y la exquisita belleza de sus suaves ondulaciones.

Al borde de esta hermosa cascada disfruté de uno de los más atractivos espectáculos que he contemplado en el valle Yosemite y fuera de él. Estábamos en el verano indio, en aquella época durante la cual las hojas de los árboles se tornan oscuras y los grandes peñascos se transfiguran por obra de la niebla. Había errado por la ruda extremidad superior del cañón de la Illilouette, admirando las bellas perspectivas que allí se disfrutaban de la Media Naranja y del cabo Libertad, el follaje de los acebuches, los cornejos, los escaramujos, etc., las últimas virgas aureas, con sus vistosas espigas de flores amarillas y la extremada pureza del agua que, dormida en inmóviles estanques, casi se hace allí completamente invisible.

El estrépito de la cascada había menguado mucho y su caudalosa corriente habíase convertido en una flotante gasa que ostentaba una multitud de lazos delicadamente bordados. Cuando llegué á la cascada, los rayos del sol



Tala en el valle Yosemite, hecha en 1887-88
Muchas como ésta se han hecho en otras partes del valle

(Reproducción fotográfica)

brillaban en su cima, dejando el resto en la oscuridad, y en el iluminado borde del abismo un grupo de lentejas acuáticas de forma y belleza singulares ondulaba graciosamente, semejando inquietas llamas movidas al compás de los caprichosos movimientos del agua. Su color no cambiaba nunca. No he visto nada que le fuese comparable: ni las nubes, ni las flores, ni las alas de los pájaros, ni las nacaradas conchas. Son los tonos más delicados que he visto, y sin encarecimiento puedo asegurar que una maravilla de color como aquella no le es dable al hombre contemplarla sino una vez en la vida, porque la naturaleza es avara de tan preciosos dones.

Como á una milla más abajo del Lago del Espejo el cañón es llano y está cubierto de abetos y libocedrus que forman una espesura muy amena á cuya entrada se encuentra la cascada Tenaya. Ha sido poco visitada y raras veces descrita, y sin embargo, yo tengo para mí que es la más pintoresca del valle. Desde una gran distancia viene el agua rodando cristalina y espumosa por un plano inclinado de 18 grados. Cuando es más caudalosa, esta loma

de agua, despeñada en una serie de brillantes rápidos, tiene cerca de setenta pies de anchura, dividiéndola en tres ramas otros tantos canales paralelos que encuentra al paso. Estos canales, abiertos por la misma corriente, que ha ido resquebrajando sin tregua el duro suelo, son de diferentes anchuras y ligeramente sinuosos, viéndose en ellos grandes fragmentos de roca arrastrados y redondeados por la acción del agua á la cual oponen una barrera que la irrita y la desvía á trechos de su curso. Al llegar al despeñadero, divídese la corriente formando á la izquierda un salto vertical de ochenta pies en un poético recodo al que da sombra una frondosa vegetación, en tanto que á la derecha forma una impetuosa cascada.

También allí los rayos de la luna juegetean en el vapor acuoso, dando nacimiento á una multitud de espléndidos arboles, no tan vivos como los del sol, pero no menos hermosos y claramente definidos. Es un precioso espectáculo del cual puede gozarse todas las noches al pie de la cascada Yosemite superior, brillando en medio de la densa lobreguez del cañón con el fulgor de la luna reflejado en el vapor del agua. No puede darse un cuadro más adecuado para representar la profunda calma de la naturaleza. Hay ocasiones en que llegan á distinguirse dos arco-iris en vez de uno.

El mejor punto para observarlos es el llamado la *Orilla de los Helechos*. Al salir la luna el arco tiene por espacio de algún tiempo cerca de 500 pies de diámetro y aparece en sentido vertical, con una punta sumergida en el fondo de la hirviente espuma y la otra descansando en el extremo de la cascada. A medida que la luna va subiendo, el arco va rebajándose é inclinándose. Como quiera que sea, aquel arco inmenso, resplandeciendo con tan suaves colores en medio de unas sombras tan densas y temerosas y del formidable estruendo de la cascada es uno de los más imponentes evangelios de las montañas.

Otra escena de salvaje grandiosidad, bien que no exenta de peligros, puede contemplarse desde la parte posterior de la cascada cuando la luna aparece iluminándola por uno de sus extremos. Una noche, después de recrearme largo rato escuchando el himno del agua y contemplando la formación del rutilante arco, eché á andar por la angosta orilla del abismo que se extiende detrás del salto desde la de los Helechos, solazándome en observar la misteriosa grandeza del cuadro. Desde allí me era dado gozar del aspecto exterior de aquella finísima gasa teniendo enfrente la luz que ponía de manifiesto sus primores. Deseoso de contemplar la luna al través de las mallas de alguna de las partes más densas de la cascada, lleguéme á ella como pude, sin curarme de imaginar las consecuencias que podría producir la acción del viento azotando de frente el agua.

Entonces disfruté de un espectáculo embelesador. En todas partes resonaba á mi alrededor una hechicera y salvaje armonía, en tanto que la luna parecía pugnar por abrirse paso entre las turbulentas aguas en las cuales quebraba sus rayos vistiéndolas de mil arbolados reflejos. Aquel contraste entre la lobreguez de los costados del torrente y la espléndida iluminación de la cascada tenía un hechizo que recordaba las más fantásticas escenas de los cuentos de hadas; mas, como en ellas, la reacción no se hizo esperar. De súbito apagóse la luz y encontréme rodeado de profundas tinieblas. Al mismo tiempo sentí caer sobre mis espaldas un diluvio de guijarros que vistos á cierta distancia parecían de todo punto inofensivos, pero entonces se me antojaron singularmente duros y pesados. Avanzando á gatas en medio de la oscu-

ridad fuí á refugiarme en un ángulo de la peña y allí me acurriqué escondiendo la cara entre las rodillas. No parecía sino que las rocas más enormes chocaban entre sí cual si se hubieran convertido en cantos rodados produciendo un estrépito espantoso.

¡Cuántos y cuán graves pensamientos le ocurren á uno en tales instantes! Todo se me volvía pensar en el medio de evadirme de aquel sitio en donde había pasado tan deliciosos momentos y calcular las probabilidades de salvación que las circunstancias del caso me ofrecían. La corriente era muy caudalosa y mi suerte pendía de un fenómeno tan azaroso como una ráfaga de viento. Por fortuna éste cambió de dirección cesando de batir el agua de frente. Merced á este cambio, favorecióme también la luna con algunos destellos de luz cuya extremada fugacidad no me permitió por cierto apresurar mi huída. Temeroso de caerme, alejéme lentamente y con suma precaución, tomando la misma senda por donde había venido; me arrimé á una peña y pegado á ella estuve, sin atreverme á dar un paso, hasta que la luz hubo recobrado definitivamente su imperio. Entonces, con los nervios crispados y todo el cuerpo entumecido y calado hasta los huesos, hice un acopio de ramas secas y hojarasca, encendí una pequeña hoguera, y cuando me hube calentado eché á correr hacia mi cabaña, entrando en ella á punto que despuntaban en Oriente los primeros destellos del alba. Un par de horas de descanso bastaron para reponerme de las fatigas de la noche, y aun me atrevo á decir que éstas y el baño que tan impensada é involuntariamente había tomado me sentaron á maravilla, pues aquel día me levanté más ágil y vigoroso que nunca.

De *The Century Magazine*, traducido por
 J. CORLEU.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

La venida de las golondrinas del Africa

CUADRO DE A. RICHTER

¡Qué bien presentada está la multitud de golondrinas que en legión abandona la región tórrida del África para buscar en Europa clima más templado en los meses del estío. Por millares se cuentan las aves en la bandada que con tanta exactitud ha dibujado el pintor Richter, después de haber observado muy detenidamente el paso de las golondrinas. Piérdese en el espacio aquel apretado ejército en el cual parecen distinguirse á su cabeza los generales que lo dirigen, aun cuando el instinto de aquellas aves es guía seguro para que lleguen todas á su destino. Atraviesan el mar porque, como no ignorarán nuestros lectores, tienen grandísima resistencia para soportar sin fatiga viajes larguissimos sin descansar en punto alguno, yendo casi flechadas al sitio adonde han de encaminarse. Sin el embeleso del color, que ha de darle mucho atractivo, lo tiene, sin embargo, el cuadro del artista alemán en el grabado que publicamos en este número.

Precocidad

CUADRO DE RAMÓN BORRELL

Simpático tema es el desarrollado por el pintor Ramón Borrell. Los dos chicos, hermanos á buen seguro, han dado con un trombón y arden en deseos de probar qué sonidos salen de su enorme panza. Pesa demasiado para que puedan cargar con él y soplar en la boquilla como los músicos de veras, por lo que el más atrevido acude al recurso de arrodillarse á fin de que su boca encaje bien con la del instrumento. El otro le contempla como escamado por lo que pudiera ocurrir si se descubriese la travesura. El precoz músico se pasará largo rato soplando, pero como no domina la embocadura del trombón, su curiosidad no quedará satisfecha, puesto que difícilmente podrá sacar de él sonido alguno, ó á lo más algún sonido apagado y desafinado. El artista ha compuesto con mucha verdad la escena y reproducido con idéntico acierto las actitudes de los dos chicos. El fondo con una arquilla, cuadros y otros objetos de arte contribuye á dar interés á esta obra, en la cual su joven autor ha demostrado poseer envidiables dotes para la pintura y que ha aprovechado bien las lecciones de su padre don Pedro, uno de los profesores más concienzudos entre los que se dedican aquí á la enseñanza y al ejercicio del arte.

Curiosidad pagada

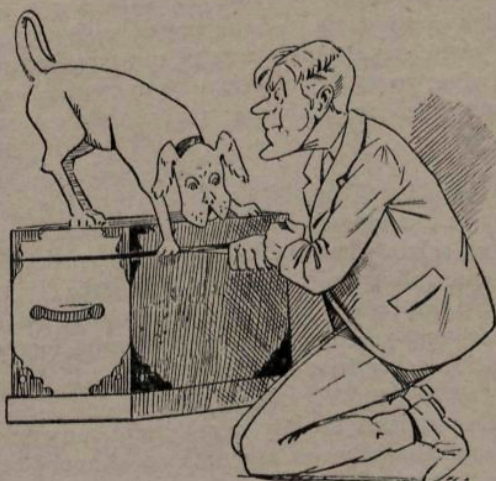
POR N. MORAL



1.—Este armatoste debe contener algo grande.



2.—Veamos...



3.—¡Ya parece ceder!...



4.—¡.!!!

¡Mira, ya están aquí las golondrinas!

CUADRO DE H. HIRT

De golondrinas se trata también en este cuadro, de asunto primaveral como el primero. Todo el mundo sabe que las golondrinas vuelven, al regresar del África, al nido que abandonaron á la llegada del invierno, nido hecho por lo común en un alero de la cubierta, ó entre las vigas de una buhardilla ó de estancia poco frecuentada. En el campo se las mira con respeto por lo general, á pesar de la prevención injustificada que en algunos puntos se tiene contra los pajarillos, por suponerse que causan daño en las cosechas y en los árboles, cuando, muy al revés, los amparan destruyendo gusanos y mariposas. La llegada de las golondrinas á su nido viene á ser una especie de fiesta, porque es nuncio de los días hermosos de

la primavera y del verano. Además, con su dulce piar alegran el corazón y animan la existencia en las casas campesinas, en donde se sienten más y mejor que en las ciudades los goces que procura la naturaleza. Los niños toman parte principal en la acogida cariñosa que se hace á las golondrinas y bien lo sabía el artista H. Hirt cuando pintó el lindo é interesante cuadro que va en este número. ¡Qué preciosa escena de familia! ¡Cómo respira paz y bienestar en el ánimo! El abuelito sostiene en brazos al chiquitín de la casa para que vea mejor las golondrinas, y la niña, ya crecida, con cierta seriedad mujeril contempla encantada á las hermosas, avecillas. «¡Mira, ya están aquí las golondrinas!» exclama uno de ellos, acaso el pequeñín, tal vez el abuelo, pensando á la vez y queriendo decir con aquellas palabras: «¡Mira! ya tenemos aquí otra vez á las compañeras de nuestra vida, á los pajaritos que simbolizan la primavera, el rejuvenecimiento, la aspiración al cielo, el ideal de la existencia humana.» Todo esto puede leerse en el precioso lienzo con gran maestría pintado por el artista de Munich H. Hirt.



El laúd es un instrumento de música no usado hoy día. Al principio tenía seis hileras de cuerdas de tripa doble, á excepción de la prima; más tarde tuvo diez, doce y hasta veinticuatro, dispuestas sobre una caja acústica, redondeada en su parte posterior en forma de tortuga, y algo parecida á la mandolina. El mango de este instrumento está doblado en su extremidad. Se punteaba con la mano derecha, mientras que con la izquierda se apoyaba en los trastes, que solían ser en número de nueve. Un laúd de diez cuerdas alcanzaba tres octavas y una tercera mayor. Servía antes que la clave para acompañamientos bajos y continuos, y era muy difícil de templar.

La tiorba se diferenciaba del laúd por tener doble mango y no haber en ella más que cuerdas simples. En cambio la bandurria no fué más que un laúd pequeño, y el bandolín, que todavía se toca en nuestro país, una pequeña bandurria. Todos los instrumentos de que hemos hablado tenían mucha analogía con la guitarra, pero se diferenciaban de ésta, en que la parte posterior era en aquéllos redonda y en forma de tajadas de melón, que se llamaban latas. El laúd procede de los árabes. Los mejores laúdes eran los de Bolonia y Padua. Hoy día se ven algunos muy notables en colecciones particulares. El mejor método para aprender á tocar el laúd es el de Basset.

En la actualidad no se toca aquel instrumento; á mediados del siglo pasado cayó en desuso; sin embargo, el nombre de laúd, al igual que el de lira, se usa todavía en poesía para expresar un instrumento cualquiera destinado á acompañar el canto.

Para extraer del ojo un cuerpo extraño, hágase del modo siguiente: Luego que se haya introducido dentro de los párpados un cuerpo extraño que pueda afectar con perjuicio la vista por su naturaleza ó forma, se expulsará levantando el párpado superior é inclinando la cabeza hacia adelante, y teniendo así en reposo el ojo por algunos instantes, comenzarán á fluir lágrimas, que arrastrarán consigo el cuerpo extraño, ó á lo menos se dirigirá hacia el ángulo interior, del que se podrá sacar fácilmente con un lienzo fino, ó con la punta de un pañuelo.

Si esta operación no basta, se pasa muchas veces y con suavidad el dedo sobre el párpado, desde el ángulo exterior, con lo que se obligará á bajar la partícula extraña.

En fin, cuando este último medio no resulte bien, se levantará el párpado superior, descubriendo la pupila del ojo cuanto sea posible, y volviendo ésta hacia la nariz se pasará por dentro un pincelito mojado con nata, comenzando del ángulo exterior hacia el lagrimal; y de este modo no dejará de salir.

Pero si se hubiese pegado á la túnica del ojo y se hubiese fijado, será preciso entonces cogerlo con delicadeza con unas pinzas pequeñas cubiertas con hilo de algodón para que no lo rompan. En estos accidentes es casi siempre indispensable la asistencia de un facultativo hábil.

En todos casos es menester guardarse bien de frotar el ojo con la mano, como se practica casi siempre; y si el

cuerpo extraño es cal, vitriolo, tabaco ó pimienta, no debe emplearse ningún remedio mordicante, ni baños de ojos, que aumentan el efecto del mal y el peligro. Después de la extracción del cuerpo extraño es cuando se lavará el ojo con agua fresca para calmar la inflamación.

La primera curación para las heridas debe practicarse del modo siguiente: Tómese un pedazo de pan tierno y remojado en agua, y después de haber lavado bien la herida, aplíquese sobre ésta sujetándolo con una venda de lienzo y manteniéndolo siempre húmedo, hasta al cabo de veinticuatro horas, que se quitará esta cataplasma.

Esta agua, muy superior para la aplicación externa á la bola de Marte, es muy buena para toda especie de heridas, abscesos, magulladuras, dolor de piernas, mal de ojos, cataratas y barros.

En tiempo del Consulado, un banquero, á quien el príncipe de Talleyrand había recibido muchas veces en su casa, le escribió cierto día pidiéndole una audiencia, que le fué concedida. Habíase á la sazón difundido por París el rumor de la muerte de Jorge III, rey de Inglaterra, y esta noticia debía tener gran influencia en la Bolsa. El indiscreto especulador, introducido en el gabinete de Talleyrand, no le ocultó el motivo de la audiencia que había solicitado confesando al propio tiempo su indiscreción.

—¡Cómo indiscreción! le dijo Talleyrand con su imperturbable seriedad: nada de eso; no sois en manera alguna indiscreto, y me alegraría infinito de que pudiesen seros útiles para algo las noticias que voy á daros.

El banquero, al oír esto, se frotaba las manos de contento, y se deshacía ya en frases de gratitud.

—Pues señor, prosiguió Talleyrand con un tono de íntima confianza, lo que hay es lo siguiente: unos dicen que el rey de Inglaterra ha muerto; otros dicen que está vivo; yo no doy crédito á los unos ni á los otros. Os lo comunico en confianza; ¡sobre todo no me comprometáis!

Cuando una persona se siente resfriada, bastará que empape una esponja en una infusión hirviente de flor de malva, salvia y borraja, y después de exprimirla un tanto, hay que aplicarla á la nariz y á la boca, lo más caliente posible, aspirando el vapor. Esta operación se renueva varias veces y á intervalos, siendo inmediata y segura la curación del resfriado.

Los ingleses atribuyen al lúpulo muy grandes virtudes soporíferas, y con razón. Una almohada llena de lúpulo, producirá un sueño muy tranquilo á toda persona que apoye la cabeza en ella, siempre que el lúpulo haya sido puesto á calentar de antemano durante un cuarto de hora en un sitio bien caliente, á fin de destruir los insectillos que las hojas pudiesen contener.

Gana poco, pero gana siempre.—PROVERBIO HOLANDÉS.

No hay ganancia más segura que las economías.—P. SYRO.

De dos hombres iguales en fuerza, el que tiene razón es el más fuerte.—PITÁGORAS.

Lo que llamamos liberalidad, muchas veces no es más que la vanidad de dar.—LA ROCHEFOUCAULD.

El que compra cosas superfluas se expone á tener que vender las necesarias.—FRANCKLIN.

El verdadero huérfano es el que no ha recibido educación.—PROVERBIO TURCO.

Ten siempre presente que la última mitad de la vida del hombre no es más que una larga y dolorosa expiación de las faltas cometidas en la primera.—A. FÉE.

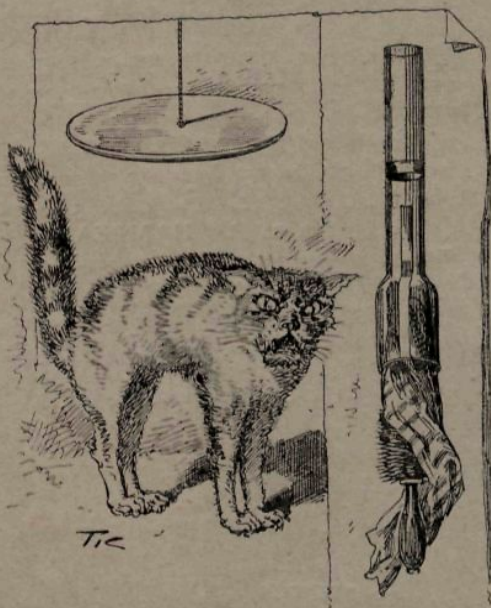
Siempre que te adviertan algún defecto, hazte cuenta de que nunca te dicen sino la mitad de lo que es.—NICOLE.



UN ELECTRÓFORO DOMÉSTICO

No vayan á figurarse los lectores que se trata aquí del gato; porque si bien es cierto que el tal felino es un verdadero acumulador de fluido eléctrico, en cambio sólo tiene de doméstico el nombre, porque animal más indómito no es posible hallarlo: sólo porque está á su gusto en las casas nos dispensa el obsequio de quedarse en ellas.

El electróforo en cuestión puede fabricarse de varias



maneras: la más sencilla consiste en cubrir con hoja de estaño (de la que se envuelve el chocolate) un disco de madera, del tamaño de un plato, y suspenderle con un cordón de seda pasado por el centro del disco; golpeando éste con viveza, valiéndose de una piel de gato, se carga de electricidad y echa pequeñas chispas, pudiéndose hacer con él varios experimentos indicados en todas las obras elementales de física.

Hay otra máquina eléctrica fácil de construir y manejar, y por medio de la cual se obtienen resultados bastante notables y sobre todo sin obligar á un gato á que ceda *velis nolis* su precioso pellejo.

Se toma un tubo de lámpara bien limpio y seco; péguese en la mitad de su extensión un anillo de papel de esta-

ño, y perpendicularmente otra banda del mismo papel, según indicamos en el dibujo; luego se aprovecha un viejo chal de seda, con el cual se envuelve el escobillón limpia-tubos, y frotando fuerte con ese tapón, llega á electrizarse el tubo de vidrio hasta echar luz, que es más visible si la habitación está á oscuras.

Estos aparatos nada costosos, y sobre todo siempre disponibles, sirven para demostrar prácticamente la teoría de los buenos y malos conductores, y la oposición entre la electricidad vítrea ó positiva y resinosa ó negativa.

Por medio de esos sencillos aparatos y otros que oportunamente iremos presentando, pueden desvanecerse verdaderos errores científicos, que no por ser arraigados, como árbol seco, dejan de ser inútiles y aun perjudiciales.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

JA-BA-LÍ

Solución al cuadrado numérico:

| | | | | | | | | |
|----|----|----|----|----|----|----|----|----|
| 89 | 81 | 81 | 81 | 81 | 81 | 81 | 81 | 29 |
| 81 | 10 | 2 | 20 | 1 | 9 | 35 | 4 | 81 |
| 81 | 22 | 4 | 5 | 39 | 1 | 2 | 8 | 81 |
| 81 | 11 | 27 | 3 | 2 | 1 | 4 | 33 | 81 |
| 81 | 11 | 17 | 4 | 8 | 7 | 19 | 15 | 81 |
| 81 | 3 | 3 | 12 | 8 | 46 | 2 | 7 | 81 |
| 81 | 23 | 1 | 20 | 15 | 12 | 7 | 3 | 81 |
| 81 | 1 | 27 | 17 | 8 | 5 | 12 | 11 | 81 |
| 29 | 81 | 81 | 81 | 81 | 81 | 81 | 81 | 89 |

Solución á la criptografía:

Miguel Cervantes Saavedra

LOGOGRIFO

En Venecia y en Milán, en Roma como en París, á muchos pongo en un tris, pues los buscan con afán; relieve á las obras dan que salieron del pincel, y al empujar su bajel el gondolero me invoca cuando con el remo toca los mármoles del dintel.

F. A.

CUADRADO

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Sustitúyanse estos puntos con letras, de modo que, leídas horizontal y verticalmente, den: 1.º, animal; 2.º, verbo; 3.º, parte del cuerpo; 4.º, trabajo del campo.

F. VALLAURE COTO, de Oviedo.

ROMPE CABEZAS

D. CARLOS PUDIRIO
BARCELONA

Formar con esta tarjeta, el nombre de cinco calles de Barcelona.
SALVADOR BADOSA R.

CRISTOBAL COLON

SU VIDA.—SUS VIAJES.—SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

D. JOSÉ MARIA ASENSIO

ESPLÉNDIDA EDICIÓN Ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles, tales como: BALACA, CANO, JOVER, MADRAZO, MUÑOZ DEGRAN, ORTEGO, PUEBLA, ROSALES, SOLER.—Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas a UN REAL la entrega

NUEVO DICCIONARIO DE QUÍMICA
 POR EMILIO BOUANT

MAQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION funcionando sin ruido
VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
 AL CONTADO Y A PLAZOS
 — 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS
 POR EL

Dr. C. Krauch

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 288 páginas en 4.º, impreso con papel superior y tipos claros y no obstante sus recomendables cualidades se vende al ínfimo precio de 20 reales.

Vigor
 del
Cabello
 del
Dr. Ayer,



Preparado Bajo
 Bases Científicas
 y Fisiológicas.

para el
To-
cador.

El Cabello cuando no se le cuida debidamente pierde su lustre, se pone duro, rasposo y seco, y se cae con profusión al peinarse. Para impedirlo la preparación mejor es el

Vigor del Cabello del Dr. Ayer.

Destruye la caspa, cicatriza los humores molestos del cráneo, devuelve su color original al cabello descolorido y gris, lo pone sedoso y le comunica una agradable fragancia. Con el uso de este cosmético la cabeza menos poblada se cubre de un cabello

Exuberante y Hermoso.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer es un artículo de tocador muy en voga entre las señoras y caballeros, y á éstos les hace un señalado servicio porque les devuelve y conserva la juvenil apariencia de su barba y bigote.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer & Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Lo venden los Farmacéuticos y Perfumistas.

NOVÍSIMO
DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
 DE LA LENGUA CASTELLANA

EL MÁS COMPLETO EN SU CLASE DE LOS PUBLICADOS HASTA HOY

REDACTADO EN VISTA DE LOS DE

Domínguez, Salvá, Caballero, Roque Barcia, Fernández Cuesta, Rosa y Bouret, Vélez de Aragón, y varios de los enciclopédicos más modernos

por el doctor

D. DELFIN DONADIU Y PUIGNAU

Catedrático de la facultad de filosofía y letras de esta universidad literaria

Este importante DICCIONARIO formará tres tomos de grandes dimensiones, repartiéndose por cuadernos de 24 páginas, ó sea de 72 grandes columnas cada uno al precio de 50 céntimos de peseta en toda España.

VIDA DE SAN JOSÉ
 POR EL P. CHAMPEAU

Edición magníficamente ilustrada. Consta de 80 cuadernos á peseta cada uno.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

- Línea de las Antillas.** New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.
- Línea de Filipinas.** — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japon y Australia. Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.
- Línea de Buenos Aires.** — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.
- Línea de Fernando Póo.** — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.
- Servicios de África.** — LINEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.
- Servicio de Tánger.** — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.
AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.
 Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.